

*DISCURSO de recepcion pronunciado ante la Facultad de Humanidades por DON FRANCISCO VARGAS FONTECILLA el dia 12 de julio de 1852.*

Señores:

Al presentarme delante de vosotros para recibir el documento que ha de conferir-me el título de colega vuestro, me propongo dirijiros la palabra sobre uno de los mas importantes ramos cuyo cultivo estais encargados de promover. Persuadido de la insuficiencia de mis luces, no he podido prometerme satisfaceros; mas no por eso he desmayado en mi propósito. La grandcza del asunto ha inflamado mi fantasia, i aunque no sea dado a mi palabra tratarlo como merece, él hablará por si mismo con grave elocuencia, i os dispondrá a dar a mi trabajo benévola acogida.

La importancia del estudio de la historia i el modo de hacerlo, hé aqui, señores, el tema que va a ocupar vuestra atencion. Un espectáculo grandioso se presenta a mi vista: el camino recorrido por el hombre desde que salió de las manos de su Hacedor hasta la época en que actualmente vive; la humanidad meciéndose en su cuna, desarrollándose en su adolescencia, i desplegando con gallarda osadía el vigor de que se siente animada en su edad varonil. Yo veo a la obra predilecta de Dios moviéndose, durante su infancia, dentro de un estrecho recinto. Solo conoce aquella parte del globo que vieron sus ojos cuando despertó a la vida: las maravillas del firmamento le son desconocidas: apénas ha fijado en él su débil vista: ignora los misterios que su alma i su corazon encierran: su mente está desnuda de toda idea sobre la organizacion de las sociedades i sobre los elementos que las constituyen: los afectos de su corazon están todavía en jérmen; no se han desarrollado aún; no han sido, por decirlo así, clasificados ni reglamentados. El órden físico, el intelectual, el moral, el mundo todo está todavía virjen; el ojo escudriñador del hombre no lo ha explorado aún: todo yace en la inercia, porque la actividad humana no ha sido puesta en ejercicio.

Empero en el alma i el corazon del hombre depositó la Providencia fecundos jérmenes de vida. El alma i el corazon no fueron formados para dormir en la inaccion: un instinto secreto los induce a moverse i a colocarse en puestos cada vez mas elevados. La intelijencia, ansiosa de verdades, las concibe, las hace entrar en su dominio; el corazon, morada de nuestros sentimientos, las abraza, las realiza i las difunde. Hé aqui los dos poderes de que se halla armada la humaidad para cumplir la mision que le ha confiado su autor: facultad de concebir, fuerza para realizar.

El terreno en que la mente humana da sus primeros pasos, es sobremanera estrecho. Las primeras ideas que adquiere son proporcionadas a sus débiles fuerzas; pero esas mismas ideas, aumentando el pequeño caudal de luces que la humaidad posee en su infancia la comunican nuevo vigor para emprender mas osados movimientos. El hombre prosigue su marcha, investigando verdades i haciéndolas triunfar por me-

ño de instituciones adecuadas. Su tarea es laboriosa; escabroso es el camino que recorre; errores i pasiones ruines, apartándole de la senda de la verdad i del bien, le detienen de tiempo en tiempo en su carrera. Pero el impulso que la mente humana recibió de su autor, no le permite permanecer en la inercia: ella sacude al fin la cadena que la agobiaba, i recupera toda su fuerza nativa. Llega a apoderarse de alguna grande idea, a cuya sombra reposa largo tiempo. Esa idea nutre el alma del hombre, la comunica un temple especial que ántes no tenia, como que la forma de nuevo i la reviste de dotes hasta entónces desconocidas. La humanidad, armada así de nueva fuerza, aumentado el caudal de sus luces, se hece susceptible de concepciones mas grandes i atrevidas, puede recorrer con su mente mayores espacios i hacer mas gloriosas conquistas. Entónces se apodera su alma de otra idea, cuyo grandor es correspondiente al terreno que va a ocupar, i que no habria encontrado cabida cuando el jénero humano se hallaba en su cuna. La nueva idea, fruto de largos años de elaboracion intelectual, desempeña a su vez, respecto de la mente del hombre, las mismas funciones que han desahogado las ideas i adquisiciones precedentes. Así la gran familia humana, obedeciendo a la lei de la actividad, marcha de idea en idea, de conquista en conquista, valiéndose de las fuerzas que adquiere para adquirir otras nuevas i mayores. Aquel pueblo gigante a quien el fallo de todas las jeneraciones que le han sucedido ha adjudicado el título de rei, i cuya sombra colosal arrebató la admiracion i respeto de los siglos, me presenta una fiel imájen de la marcha seguida por el hombre, i que hallamos consignada en la historia. Ese pueblo tuvo una débil cuna. En su principio fué señor de solo un pequeño territorio. Todos los elementos de su futura grandeza estaban todavia en embrion. Empero en el corazon de sus primeros hombres se albergaba un intenso presentimiento de los grandiosos destinos a que estaba llamado; i como obedeciendo a un impulso de la Providencia, marcha denodado a conseguirlos. Pequeñas fueron sus primeras conquistas. Sus primeros pasos en la carrera de su engrandecimien tuvieron por teatro a los pueblos vecinos. Esas cortas adquisiciones, aumentando el caudal de fuerzas del pueblo conquistador le pusieron en aptitud de emprender mas atrevidas hazañas. Gradualmente i apoyándose en los mismos pueblos que iban rindiendo con sus armas victoriosas, fué como los soberbios republicanos del Tiber tremolaron sus banderas en naciones remotas i potentes; así fué como todo el orbe vino a ser romano; así fué como el pueblo rei ascendió a la cumbre de la opulencia, i se revistió de ese esplendor que aun hoy día asombra a las jeneraciones que le divisan en lontananza.

La humanidad ha marchado con pasos semejantes. Salió de las manos de su autor con su intelijencia i su corazon virjenes; luego la vemos propagarse gradualmente por el globo, enriqueciéndose de ideas i dando expansion a sus sentimientos. Así es como ha llegado al puesto que hoy ocupa. El desarrollo que la humanidad ha adquirido hasta el presente, es asombroso. Vemos que su intelijencia se pasea ufana, decorada de brillantes atavíos, por rejiones tan sublimes, que apenas le es dado divisar el punto desde donde comenzó a encumbrarse. El hombre ha sojuzgado toda la tierra, se ha enseñoreado de los mares, ha explorado el firmamento, ha penetrado en las elevadas rejiones adonde no alcanzan los sentidos, haciendo en ellos la conquista de importantes verdades; ha hecho, digámoslo así, la autopsia de su propio corazon, i analizándolo concienzudamente, ha adquirido luminosas ideas sobre sus pasiones i sentimientos. La intelijencia humana se mueve en todas direcciones, i su actual movimiento no tiene par en la historia.

Es indudable que la humanidad es susceptible de perfeccion. Dios, que le ha dado el cetro del universo, habria hecho una creacion inútil, si hubiese condenado la mas bella de sus obras a agitarse perpetuamente sobre la tierra sin que jamas consiguiese hacerse mejor. Que Dios haya dado al hombre la necesidad de moverse, que haya

depositado en él un fondo inagotable de actividad, i que al mismo tiempo le haya criado de modo que nunca pueda convertir en provecho suyo aquella dote inapreciable, es un contrasentido imaginarlo; i un insulto atroz a la Divinidad el proferirlo. ¿Qué vendría a ser la inteligencia humana, si no fuese dado al hombre avanzar en la via de la perfeccion? No sería mas que un fárrago de desconcertadas ilusiones, un hacinamiento de ideas que a nadie le serian de provecho. Semejante creencia priva a el alma de todos sus bríos, i la sumerge en un cobarde desaliento, en una apatía infame i vergonzosa; porque, ¿qué jénero de estímulo podrá incitar al hombre a estudiar la verdad, estando persuadido de que todos sus trabajos i afanes han de ser esériles? La virtud misma no podría existir, ni aun concebirse, si la perfectibilidad humana no fuera una realidad.

Si el hombre es susceptible de perfeccion tiene derecho para aspirar a conseguirla. Tiene, por tanto, delante de sí un porvenir, una suerte mejor. La perfectibilidad del hombre no puede consistir sino en el ensanche progresivo de sus facultades intelectuales i en la mejora gradual de sus sentimientos. Verdad para el alma, justicia para el corazon, hé aquí el blanco único a que deben encaminarse todos los esfuerzos de la actividad humana.

Si la humanidad tiene un porvenir que alcanzar, si por una lei de la Providencia se encamina hácia él, menester es que no marche a ciegas, que conozca la senda por donde debe dirigir sus pasos. El porvenir, en el individuo como en la humanidad, no es una cosa aislada: él está en una relacion íntima con el pasado, de tal modo, que el individuo o el pueblo que no conozca su vida anterior, no puede tampoco formarse idea clara ni del fin a que debe aspirar, ni de los medios de que debe valerse para conseguirlo. El estudio del pasado, hé aquí, pues, el medio único que tiene el hombre para dirigir con acierto sus pasos. La humanidad experimenta, para hacer marchar sus ideas i sentimientos, la misma necesidad que el navegante que se dirige al traves de los mares a países apartados de su suelo natal. Este, para gobernar su marcha, necesita conocer el punto de donde ha partido, debe tener siempre viva en su mente la situacion del lugar donde comenzó su jornada i el camino que lleva recorrido. Esta necesidad, sin embargo de que el viajero por lo comun no hace alto en ella, es tan real i positiva, que si por un momento se olvidase del punto de partida i del espacio por donde ha marchado, se vería sumerjido en una completa confusion. Vagaría perdido, caminando a ciegas, sin encontrar jamas el término de su jornada. El que no sabe de dónde viene, no puede saber tampoco a dónde va. Del mismo modo, el hombre, para gobernar la marcha de su espíritu i de su corazon, necesita conocer su vida pasada, que es la que le señala el objeto a que debe encaminar sus esfuerzos. Imaginemos por un momento un individuo que no tenga conciencia de ninguno de los hechos que otro tiempo han acontecido a su vista, que no recuerde las sensaciones que ha recibido, que no retenga las ideas que han entrado en su mente, que haya olvidado las impresiones que ha recibido su corazon, que ignore, en fin, de todo punto su vida pasada: ¿podrá haber concierto en las operaciones de un hombre semejante? ¿Podrá siquiera proponerse un fin a que encaminar sus acciones? Todos los actos del hombre, todos los proyectos que concibe i trata de realizar, son un resultado de sus anteriores ideas i de las impresiones que ha recibido; son un fruto mas o ménos sazonado del conjunto de pormenores que constituyen su vida pasada, i quien ignora esa vida, no puede proponerse fin alguno en sus operaciones, ni dar a éstas concierto i unidad.

Apliquemos al jénero humano lo que se verifica en el individuo. Un jenio eminentemente ha dicho: «La humanidad es un hombre que perpetuamente crece i perpetuamente aprende.» Esta sentencia nos representa a la especie humana como un solo individuo, cuya infancia se remonta al principio de la creacion, cuya vida atraviesa

los siglos, de cuyo presente somos testigos, i cuyo porvenir debemos investigar. Si la humanidad marcha a la realizacion de un fin, necesita, como el individuo, tener conciencia de lo que ha sido, conocer su vida pasada, formar en su mente como un panorama de los siglos que han transcurrido hasta la época actual. Sin que ella sepa lo que antes ha sido, no le es dado columbrar siquiera lo que puede venir a ser en adelante; no le es dado, por tanto, fijar en su mente proyecto alguno razonable, concertado i exequible, i todas sus operaciones serán necesariamente aisladas i estériles. Si supusiéramos por un momento al jénero humano olvidado de todas sus tradiciones, ignorante de su propia vida, no podria presentársenos una imájen mas fiel, a la par que horrible, del caos. Veríamosle ciertamente obrando en fuerza de su natural actividad; pero su movimiento seria como el de los átomos que, segun cierto sistema, vagaban por el espacio ántes de la formacion del universo.

La historia es el libro de la vida del jénero humano. Nos presenta al hombre en su cuna, en su desarrollo progresivo i en su estado actual, manifestándonoslo bajo todas las fases con que ha aparecido en las diversas épocas del mundo. Si pues la humanidad ha de marchar con acierto en la carrera de su perfeccion, menester es que mire siempre hácia atras, que posea la ciencia de si misma, la historia.

Cuanto mas distinto i minucioso sea el conocimiento que el hombre tenga de su vida pasada, tanto mas espedito encontrará el camino de su porvenir. De aquí es que todo aquello que pueda contribuir a ilustrarnos acerca de lo que ha sido el hombre en otros siglos, es una parte de la historia, i no nos es dado despreciarlo.

Siendo la historia la ciencia de la humanidad, estando consignada en ella la marcha del espíritu humano, es la ciencia de las ciencias, es como la matriz de todas las demas ciencias. Por eso a nadie le es dado poseer a fondo ningun ramo de los conocimientos humanos, sin que tenga una idea cabal de la historia. Todas las ciencias son un resultado del movimiento intelectual del hombre; i el que ignora el rumbo que ese movimiento ha llevado en otras épocas, el que no conozca el carácter que ha tenido en su orijen i en sus progresos, no puede conocer con exactitud el que tiene en la actualidad.

De aquí es que el filósofo, el jurisconsulto, el estadista, el sacerdote, todo hombre, en fin, llamado a ejercer una influencia mas o ménos manifiesta, mas o ménos activa, sobre la marcha de la humanidad, debe contar entre sus mas imperiosas necesidades la del estudio de la historia. El filósofo verá en ella de qué modo se han convertido en instituciones los diversos sistemas que han escojido algunos talentos ilustres; como las ideas conquistadas por algunas cabezas colosales en el secreto de un gabinete, se han difundido despues por el mundo, modificando las sociedades i dándoles una nueva faz. El estudio de la historia es para el filósofo como un espejo, en el cual mira reflejada la naturaleza íntima del espíritu humano; i si el objeto de sus lucubraciones es investigarla i conocerla a fondo, debe procurar que su mente adquiera una intuicion perspicua de ella.

El jurisconsulto tiene en la historia el libro en que están consignadas las instituciones legales que han dominado en los tiempos anteriores, El se encuentra en la necesidad absoluta de conocerlas, si quiere poseer, no la letra muerta, sino el espíritu de las leyes que actualmente rijen el mundo. La lejislacion de un pueblo cualquiera no es una cosa que haya aparecido de repente: ella se ha ido acumulando paulatinamente, a medida que ese pueblo ha ido adquiriendo nuevas necesidades, nuevas ideas, nuevas costumbres i nueva vida. Las leyes de hoy tienen una relacion mas o ménos estrecha con las de ayer, i éstas con las que les han precedido; de modo que la lejislacion de un pueblo forma una cadena que principia desde la cuna de ese mismo pueblo i continúa hasta su estado presente. El que quiera, pues, penetrarse de la verdadera índole de las leyes actuales, es necesario que estudie i me-

dite concienzudamente las leyes anteriores; i éstas no pueden ser conocidas a fondo, sin que, mediante un esfuerzo de la imaginacion, nos traslademos al pueblo i a la época en que tuvieron vigor; sin que vivamos, por decirlo así, en ese pueblo i en esa época. El estudio sério de la historia es el que dará al jurisconsulto las luces de que debe estar adornado para merecer el título de tal.

Al hombre de estado, al que ha sido llamado a conducir los negocios de un pueblo, ¡cuántas i cuán grandes lecciones le suministra la historia! En ella estudiará los elementos que han constituido las sociedades de otras épocas i de otros países, las causas que han producido la prosperidad o la decadencia i ruina de los estados. Pero el principal provecho que el estadista debe prometerse del estudio de la historia, consiste en el conocimiento que adquirirá de los antecedentes i de la vida pasada de su propio pueblo. El que tiene en sus manos el timon de un estado, necesita, para obrar con acierto, conocer mui a fondo el modo de ser del pueblo cuya marcha dirige; i como la vida de todas las sociedades es un resultado de causas i acontecimientos anteriores, es necesario estudiar éstos mui prolijamente i analizarlos con detencion i severidad. El hombre de estado que se encuentre desnudo de las luces de la historia, no tendrá otra guia en sus operaciones que una miserable rutina, i jamas podrá esperarse con el tino i cordura que su posicion reclama.

¿I quién podrá poner en duda lo provechoso de las lecciones que la historia suministra al sacerdote? El que profesa i estudia la ciencia de la religion, el que ha querido encargarse de enseñar al pueblo las reglas de su conducta, el que habla en nombre de Dios a la conciencia de los hombres, no puede desempeñar cumplidamente su mision, si no tiene un conocimiento bien claro de la naturaleza moral de la humanidad. El sacerdote que haya estudiado concienzudamente la vida del jénero humano, formará en su alma como una intuicion del temple que es capaz de tomar el corazon del hombre segun la situacion en que se encuentre colocado, i solo de ese modo podrán fructificar en el pueblo las máximas de moral que inculca con su palabra. Es tan indispensable al sacerdote el conocimiento de la historia, que sin él, aunque puede merecer por sus virtudes el acatamiento de los hombres, no le será dado, sin embargo, ponerse a la altura de la época i del pais en que vive, ni dominar las complicadas i diversas situaciones en que se hallan los pueblos modernos.

Podemos, pues, decir que la historia es la fuente donde deben beber cuantos hombres están llamados a dar impulso con sus fuerzas intelectuales a la marcha de las sociedades contemporáneas. La vida de éstas es un cuadro que no nos es dado mirar, ni ménos comprender, sin que tengamos vivo en nuestra mente el panorama de los siglos que ya pasaron. En el alma i el corazon del hombre del siglo diez i nueve están depositados los trabajos intelectuales i morales de sus projenitores; son el receptáculo donde se han ido acumulando progresivamente los tesoros que la humanidad ha recojido en su laboriosa jornada; i esa alma i ese corazon no se franquean sino al que se presenta autorizado con títulos suficientes para analizarlos.

Voi ahora, señores, a presentaros mis ideas sobre el modo de estudiar con provecho la historia.

Es mui cierto que para hacer progresos en cualquier ramo de las ciencias se necesita poseer un corazon adornado de rectitud i de sentimientos nobles i humanos. El alma que alimenta odios i pasiones viles, es una mar alborotada, donde no se encuentra un punto de reposo. Esa tranquilidad, ese silencio interior, indispensables para oir la voz de la verdad, solo se albergan en los corazones que han negado la entrada a todo sentimiento ruin.

El que se proponga estudiar la historia para oir las elevadas lecciones que ella suministra, debe, mas que otro alguno, dar principio a su empresa con un corazon

lleno de rectitud i exento de toda pasion baja. No es el reposo del espiritu el único fundamento de esta necesidad: hai, con respecto al estudio de la historia, otro que no es dado desatender. Como esta ciencia nos da a conocer la marcha de la humanidad, i como esa marcha no es otra cosa que un trasunto de las concepciones de la intelijencia i de los sentimientos del corazon, es necesario que el que dedica su alma a tan sublimes meditaciones la tenga desembarazada de todo aquello que pueda impedirle adquirir un conocimiento exacto del hombre moral e intelectual. El que ha dejado dominarse del egoismo, el que ha sacrificado repetidas veces a miras innobles sus mas santos deberes, el que ha abierto su corazon a sentimientos destructores de los instintos jenerosos del hombre, ha echado sobre su mente una venda que le impide penetrar los secretos de la vida intima de la humanidad. Las viles pasiones que tienen avasallada su alma son un prisma seductor, al traves del cual mira al hombre mui distinto de como es en realidad. Ellas se lo presentan siempre pequeño i revestido de falsos colores. Por otra parte, el alma que ha sido por mucho tiempo victima de pasiones innobles, se encuentra desnuda de la enerjia indispensable para colocarse en un puesto elevado i dominante; condicion sin la cual es de todo punto imposible divisar de cabo a cabo la carrera del linaje humano.

Puede, pues, sentarse que para estudiar provechosamente la historia i comprender las graves lecciones que suministra, es necesario preparar el corazon con grande anhelo, fortaleciéndolo con la práctica de virtudes austeras, e impidiendo que se apoderen de él pasiones mezquinas i sentimientos enemigos del amor a la verdad i a la justicia. Esta es la condicion mas esencial i mas fecunda en provechosos resultados.

El estudio de la historia abraza el de los hechos i el de las ideas. Pudiera decirse que los hechos i las ideas son una misma cosa, presentada bajo diferentes fases: los hechos no son mas que las ideas esteriorizadas. Sin embargo, se han dado a luz tantos escritos destinados esclusivamente a historiar las ideas sin narrar los hechos, que se ha criado una ciencia separada, con el nombre de filosofia de la historia. Ella nos presenta, por decirlo asi, la jeneracion de las concepciones humanas, manifestándonos cómo las ideas prenden, se robustecen i se difunden en el terreno de la intelijencia, i poniéndonos a la vista todo el mecanismo de la vida intelectual de la humanidad. Es bastante comun en el dia la creencia de que se puede estudiar la filosofia de la historia sin haber estudiado ántes los hechos. A mi juicio, es éste un grave error. Verdad es que el objeto primordial del estudio de la historia es conocer la marcha de las ideas; pero tambien es cierto que esa marcha no puede conocerse estudiándola de una manera abstracta. Es necesario que veamos, que palpemos el progreso de las concepciones del hombre, observando atentamente sus obras, es decir, estudiando los hechos. Como la filosofia de la historia no es otra cosa que el conjunto de reflexiones filosóficas suministradas por los hechos, es preciso que conozcamos éstos, primero que nos elevemos a aquellos. Hacer lo contrario es invertir el órden natural de las cosas; es pretender levantar un vasto edificio sin haber construido ántes los cimientos.

El prurito de estudiar la filosofia de la historia sin conocer los hechos, o conociéndolos mui imperfectamente, es la causa de que muchos jóvenes dotados de buenas disposiciones se echen en brazos de sistemas absurdos, creyéndolos la espresion jenuina de la historia, cuando no son mas que la manera con que tal o cual autor ha mirado a la humanidad. El joven se pierde de este modo en abstracciones que ni él mismo sabe coordinar ni manejar con tino i prudencia; i, lo que es peor, nadando sin brújula en un océano de quimeras, añade a las que ha aprendido otras muchas que su imaginacion se forja.

El joven que estudia sería i concienzudamente los hechos históricos, va adqui-

riendo por grados un caudal de conocimientos e ideas filosóficas sobre la naturaleza moral del hombre i sobre la marcha de la humanidad. Esas ideas son un fruto espontáneo i sazonado del estudio que hace; son, por decirlo así, una parte de su propia sustancia; al paso que las adquiridas con la lectura de alguna obra escrita sobre la materia, son ideas postizas, que el jóven no sabe apreciar en su verdadero valor. Estúdie con detencion los hechos, i se creará los elementos necesarios para leer provechosamente los trabajos que han dado a luz eminentes filósofos i observadores profundos.

El estudio de la historia, para que sea frutuoso i produzca una utilidad práctica, es necesario que sea completo, es decir, que abrace toda la historia. Como el objeto primordial de este grande estudio es adquirir una idea clara de la marcha de la humanidad para columbrar de este modo su porvenir, es preciso que estudiemos al hombre en su cuna, en los progresos que ha hecho durante su larga vida, i en el estado en que actualmente se encuentra; es preciso que le sigamos i observemos en todos los puntos del globo i en todas las edades de su vida. Estudiar solamente una época dada, es esponerse a comprender mal el jiro que en ella han tomado las ideas; porque no conociéndose el espíritu que ha reinado en los siglos precedentes, tampoco puede conocerse a fondo el que ha dominado en la época que se trata de estudiar. La vida intelectual del hombre forma una prolongada cadena: las ideas de hoy están intimamente enlazadas con todas las que les han precedido, pudiendo decirse que en el alma del hombre se ha verificado una jeneracion semejante a la material del linaje humano. El que desee, pues, penetrar la naturaleza intima de las ideas de una época cualquiera, debe penetrar primero la naturaleza de las que han dominado en los siglos precedentes, i que han enjendrado a las posteriores.

Si es indispensable que el estudio de la historia abrace todas las épocas del linaje humano, no lo es ménos el que se estienda a todos los paises. Como ningun pueblo que tenga una mediana civilizacion deja de estar en contacto mas o ménos intimo con otros, su vida, i por consiguiente su historia, reciben siempre de pueblos estraños modificaciones mas o ménos profundas. Por eso, para conocer con exactitud el espíritu de un pueblo, no basta estudiar los hechos que han acontecido en él; es necesario ademas estudiar el movimiento jeneral de la especie humana, notando la influencia que él ha ejercido en el pueblo cuyo espíritu queremos indagar. El estudio que se haga de otro modo, será necesariamente incompleto, i no podrá producir sino frutos mezquinos.

La reflexion precedente tiene especial cabida en el estudio de la historia moderna. De algunos siglos a esta parte todos los pueblos del mundo se han puesto en comunicacion tan activa, que puede decirse que lo que pasa en uno de ellos afecta mas o ménos a todos los demas. Diariamente se importan en un pueblo ideas i conocimientos conquistados en otros; i las sociedades contemporáneas presentan una escena tan complicada, que no es posible comprenderla sin estender nuestra vista a todos los incidentes que la forman i a todos los lugares que le sirven de teatro.

Aunque el estudio de la historia debe ser universal, es necesario tener presente que la historia del pais a que pertenecemos merece una especial atencion. El que la estudia debe descender a una infinidad de pormenores, que serian de poca importancia para él si pertenecieran a la historia de otro pueblo. Segun este principio, un americano debe hacer un estudio mucho mas minucioso de la historia de América, i todavia mas de la de su propio pueblo, que de la de las otras secciones del globo. Para ese mismo americano tiene un especial interes la historia de España, i debe prestarle una atencion preferente. La vida de la América es la vida del pueblo español, modificada por circunstancias locales. A la América fueron trasplantadas las instituciones, las creencias, la lejislacion, el idioma i las costumbres de los

conquistadores; i si queremos conocer lo que todos esos elementos son en nuestro suelo, es menester que conozcamos lo que han sido en la tierra que les sirvió de cuna.

Esta reflexion nos hace ver cuán deplorable es el descuido i aun desden con que, entre nosotros, miran muchos todo lo que concierne a la España i a su historia. Ellos tienen a mengua prestar a este negocio una atencion seria i concienzuda, imaginándose que en la vida del pueblo español, léjos de haber algo que pueda interesarnos, solo se encuentra pobreza, ignorancia i abyeccion. Sus esfuerzos se encaminan únicamente a conocer los hechos que han acontecido en otros paises, persuadidos de que sólo esos hechos son los que merecen la atencion del hombre pensador. Los que así juzgan i obran, no conocen que despreciando a la España, se desprecian a si mismos, i que empeñándose en ignorar la vida de sus ascendientes, se quedan ignorantes de la suya propia.

Debiendo el estudio de la historia abrazar la de todos los paises, i habiendo acontecido en todos ellos muchos hechos a un mismo tiempo, se puede dudar si convendrá estudiar por separado la historia de cada pueblo desde su principio hasta su fin, o si será mas provechoso estudiar simultáneamente la de todos aquellos que en una misma época han sido teatro de acontecimientos. A mi juicio, uno i otro método tienen sus ventajas peculiares; pero tambien creo que el primero es el mas sencillo i el que puede conducirnos al mas claro conocimiento de los hechos. Como la historia de cada pueblo forma, por decirlo así, un drama que tiene su enredo i su desenlace peculiar, nadie podrá ménos de convenir en que nos importa demasiado asistir a él sin intermision desde que comienza a desarrollarse hasta que llega a su entástrofe. Si despues de haber estudiado algunos hechos de la historia de un pueblo nos proponemos estudiar la de otro u otros, habremos emprendido una tarea sobrado laboriosa, i correremos peligro de que, fatigada nuestra imaginacion con los viajes que la obligamos a emprender de un pais a otro, pierda el reposo necesario para meditar con provecho las lecciones que la ciencia suministra. Mas aunque doi la preferencia al primero de los métodos indicados, no puedo ménos de reconocer al segundo la ventaja de presentar en un solo cuadro todas las partes del gran drama de la historia universal, i por lo mismo no lo creo despreciable. Convendria a mi modo de ver, emplearlo al tiempo de repasar los estudios que se hagan sobre la historia particular de cada pueblo.

Se ha dicho que la cronolojia i la jeografia son los ojos de la historia. En efecto, quien quiera conocer perspicuamente los hechos, quien quiera formar en su mente un exacto trasunto de los acontecimientos que se han verificado en el mundo durante los años que lleva de existencia, debe atender mui cuidadosamente al tiempo en que han sucedido i al lugar que les ha servido de teatro. La cronolojia i la jeografia son tan esenciales para el estudio de la historia, que sin ellas solo conseguiriamos conocer los hechos en masa, sin que nos fuese dado distinguirlos i coordinarlos en nuestra mente; hariamos un acopio indijesto de materiales, i nos hallariamos en la imposibilidad de construir edificio alguno.

Pero como no es exequible que el que comienza a aprender la historia éntre en un exámen demasiado minucioso de la cronolojia, procurando retener en la memoria el año en que se ha verificado cada uno de los hechos que estudia, le conviene fijar su atencion sobre la fecha de aquellos acontecimientos mas marcantes. Una vez bien conocidas esas fechas, queda espedito el camino para conservar en la memoria otras muchas de menor importancia.

Por lo que respecta a la jeografia, es de todo punto necesario conocerla ántes de comenzar el estudio de la historia. Pero basta, a mi juicio, poseer algunas nociones jeográficas jenerales, pues ellas podrán ensancharse i perfeccionarse a medida



que se avance en el conocimiento de la historia; bien entendido que para conseguirlo es necesario que cuantos nombres jeográficos ocurran sean examinados en el mapa, procurándose adquirir una idea clara de su respectiva situacion.

He aquí, señores, las ideas que me he propuesto emitir ante vosotros. Yo no creo haber llenado satisfactoriamente mi objeto; pero si puedo aseguraros que lo que ha dictado mis palabras ha sido el deseo vehemente de contribuir en algun modo al adelantamiento de los estudios históricos. ¡Ojalá los juicios que os dejo espuestos obtengan en el tribunal de vuestras luces un voto de aprobacion!

Desde este momento, para mi tan grato, contraigo deberes nuevos. Mis esfuerzos se ordenarán siempre a llenarlos cuan honrosamente me sea dado. Las ciencias cuyo fomento i mejora os ha encargado la lei, son de una importancia vital, i yo en todo tiempo os acompañaré gustoso en vuestras nobles tareas.

---

*DISCURSO pronunciado ante el Claustro pleno de esta Universidad Nacional por el Presbítero DON JOSE VITALIANO MOLINA el 18 de julio, en el acto de incorporarse a ella como miembro de la Facultad de Teología i ciencias sagradas.*

Señores:

Me cabe la honra de presentarme hoi en el seno de esta ilustre corporacion, i al llenar el deber que me imponen los estatutos universitarios, mi primera palabra debe ser una espresion de profunda gratitud a la distinguida Facultad de Teología por la dignacion con que me favorece. Elejido para llenar la vacante de uno de sus miembros, sensible me es que la cortedad de mis talentos i luces no corresponda a la magnitud del deseo que me asiste de cooperar en cuanto esté de mi parte a sus trabajos científicos. Pueda siquiera la sinceridad de este deseo inspiraros por mi debilidad los sentimientos de una benévola induljencia. Seré dichoso si puedo contar este beneficio mas entre otros de que ya soi deudor a la jenerosidad de la nacion chilena.

Once años de residencia en esta tierra feliz me han hecho comprender que es el suelo privilegiado de América en que se hallan desarrollados elementos de civilizacion que lo conducen rápidamente al apojéo de grandeza i prosperidad, que hace el orgullo de las mas adelantadas naciones. Estudiando las causas que han podido influir para que Chile ocupe el primer rango entre las seceiones americanas, fácil me ha sido comprender tambien que sus adelantos i su bienestar político i social son un justo premio de la Providencia. Me lo persuade la sensatéz de juicio que distingue al jénio chileno para no alterarse por el espíritu de novedad i avanzar con paso afinado en las reformas que han comprometido gravemente la marcha i el porvenir de pueblos dignos de mejor suerte. Es mui laudable, sin duda, i altamente glorioso para este pais el tezon infatigable con que se ha fomentado el elemento católico como el medio mas certero para afianzar su paz i sus instituciones; el constante acierto con que, al través de los progresos que en otras partes hace el sistema de una mal entendida libertad, Chile permanece firme en su propósito, prudente en sus medidas, sábio en sus cálculos, acatando los primordiales intereses de la relijion i atrayéndose por esto las miradas o desdeñosas o zañudas de aquellos pueblos, cuyos es-